

# 11,4 sueños luz

Nicholas Avedon



## 11,4 sueños luz

(c) 2016 Nicholas Avedon

[nicholas.avedon@gmail.com](mailto:nicholas.avedon@gmail.com)

Segunda edición, editada el 3 de Septiembre de 2016.

Todos los derechos reservados. Prohibida cualquier distribución, copia o difusión no autorizada explícitamente por escrito por el autor. Obra inscrita en el registro de la propiedad intelectual.

Más información en la web del autor:

<http://NicholasAvedon.com>

Corrección y edición: [Pandorates](#)

Diseño de portada: Muneeb Rehman

Publicado en Amazon.es

ISBN-13: 978-1537083896

ASIN: B01KTZKZQE





*a Silvia, por estar siempre ahí*

*Dedicado a mis primeras lectoras y lectores, que creyeron en mí mucho  
antes de que yo lo hiciera.*

*Gracias a todos ellos estás leyendo esto hoy.*



# TRANK

Lo que hace adicto a un adicto varía en cada persona, pero todos teníamos una cosa en común: huíamos de algo. Mis compañeros del programa de reeducación sonreían, ya habían estado varias veces allí. Yo también, aunque me juré que esta vez sería la definitiva. Sabía que seguiría tomando *trank* hasta que me muriera, como lo sabíamos todos los que allí estábamos. Lo importante era conseguir de nuevo la rehabilitación, para poder comprar de manera legal.

El *trank* fue la droga que cambió el mundo. Desde entonces, solo los mugrosos utilizaban otras sustancias que no fueran *trank*. El *trank* era una droga inteligente. Se podía combinar para provocar el efecto de cualquier otra droga del pasado: NDRI, GHB, THC, MDMA, LSD, NMDA, PAM, DCI y un largo etcétera. A mí no me la habían enseñado, pero hoy día la historia del *trank* era obligatoria en la escuela, y con frecuencia emitían informativos divulgativos en los holos de los canales públicos. En las farmacias, donde la vendían a cualquier ciudadano que tuviera los papeles en regla, disponían de toda la información que precisaras. Desde su desarrollo, a principios del siglo XXII, había supuesto el fin de la lucha contra el narcotráfico: una droga fácil de producir, sin dependencia física y sin efectos secundarios a largo plazo. Una droga de uso social, limpia y controlada por el estado. El *trank* podía hacerte sentir bien o hacer que no sintieras nada. Todo dependía de cómo la tomaras. Todos los que asistíamos a aquel curso lo sabíamos, de hecho, se podría decir que sabíamos bastante más que los funcionarios que daban las charlas.

Llevábamos años abusando y probando combinaciones que no estaban en ningún manual.

Así que allí estaba yo, mirando cara a cara a las otras siete personas que habían podido pagar para poner sus papeles en regla. Nos mirábamos con curiosidad. Por el aspecto de mis compañeros, estaba seguro de que ninguno de ellos era un mugroso, sino más bien lo contrario. Conocía a algunos, coincidencias en algún evento social. En París todos los que están arriba se conocen. Y yo, a pesar de todo, estaba bien arriba. En el pasado aquellos programas estaban orientados a desintoxicar adictos. En teoría para lograr su reinserción en un mundo sin drogas. En nuestro caso era un programa de reeducación para drogarnos mejor, de forma más eficiente. Era la única manera de volver a tener permiso para comprar *trank* en las farmacias. En el mercado negro era algo prohibitivo. Todos los que estábamos allí éramos ricos y famosos de una u otra manera, sin embargo todos teníamos el mismo problema: Se nos había ido de las manos y habíamos perdido el derecho a comprar *trank*. Yo había estado casi medio año sin licencia, el período más largo en los casi veinte que llevaba en París. Nunca pensé que sería capaz de hacer los disparates que hice por una dosis.

El cabrón de Singleton no hacía más que sonreír cada vez que le miraba. Seguro que recordaba lo mismo que yo, a pesar de todo el *trank* ilegal que nos metimos. El *trank* ilegal no estaba alineado con el ADN, de forma que muchas veces no ocasionaba el efecto que uno buscaba. Era como intentar correr sobre una pista de hielo. Aun así yo inflaba mi deuda sin compasión. Había pasado de acostarme con mis modelos a hacer de proxeneta con ellas.

Sin *trank* no hay diversión. En cualquier local, en cualquier evento social, todo el mundo comparte estados de ánimo gracias a él. Sin él, estás fuera. En los últimos seis meses, perdí casi todos mis proyectos profesionales y la mayoría de mis modelos dejaron de hablarme. Algunas con más de un



motivo para hacerlo. El alcohol y el sexo eran pobres sustitutos de algo tan poderoso como el *trank*. Sin el *trank*, para aliviar mi ansiedad, me transformé en un ser insoportable, especialmente para mí mismo. Me había costado mucho lograr reunir el dinero necesario para aquel programa de reenganche al *trank*. Para casi todos los presentes, estas jornadas eran parte de una rutina por la que pasaban una o dos veces al año. Singleton era el personaje más conocido de todos. Sus fiestas eran un desfase colosal. Se podía permitir transgredir casi cualquier norma. En la última fiesta a la que fui invitado acabé metido de lleno en una de sus orgías legendarias. Decían que siempre descubrías algo de ti mismo que no conocías acerca del sexo. Por desgracia, en mi caso, ya había probado todo lo que me podían ofrecer. Mi acompañante no. Perdí a una modelo y gané a un amigo. Singleton era un personaje digno de conocer, sobre todo si lograbas que te recordara después de la fiesta. Él se acordaba de mí, entre sesión y sesión me preguntó por mis últimos sueños vívidos y todo eso. Todo un caballero, aunque el último recuerdo que tenía de él, algo difuso, era mucho menos caballeroso. Tuve el buen juicio de no hacer preguntas sobre la modelo que nunca me volvió a llamar.

Lo mejor del programa era la parte práctica. Era obligatorio elaborar y probar cada una de las combinaciones principales y explorar cada uno de los efectos del *trank*. Odiaba los viajes psicodélicos, por suerte tenía *trank* de sobra para compensar la ansiedad que me generaban. Aunque éramos ocho participantes, cuatro hombres y cuatro mujeres, daba igual: el sexo que acompañaba a los efectos sociales de la droga siempre terminaba degenerando en una mezcla, donde era indiferente la paridad y el género. Gracias al *trank* todo se veía de otra manera. Fue una semana, una semana intensa.

Una vez conseguida la autorización del gobierno para volver a consumir *trank* pude volver a mi vida normal. Deseaba trabajar de nuevo. Dejé la clínica y tomé un taxi hasta mi

apartamento. Pensando en los primeros pasos que iba a dar como el adicto habilitado que era ya. La mayoría de mis modelos ya tenían otros planes, así que pensé que debería rascar mi agenda y llamar a aquellas chicas que todavía estaban por explorar. Volver a los orígenes. Volver a lo que me había hecho ser Ariel de Santos. Sin mi trabajo, yo no existía. No tuve más que encender mi pad para que la realidad volviera a mí sin piedad. Decenas de llamadas perdidas y mensajes de todos los colores. Los acreedores llamaban a mi puerta. Me bajé del taxi y saludé a los porteros de mi edificio. Crucé el gigantesco vestíbulo de mármol y, sin hacer caso a ninguna de las personas que me miraban o señalaban, tomé el ascensor de servicio. Me gustaba subir en el más lento, ese que paraba en todos los pisos, el que tardaba casi diez minutos en llegar a mi planta. Subí hacia mi apartamento. Con el rabillo del ojo veía incrementarse el número que indicaba el piso, mientras leía los mensajes que tenía pendientes desde hacía días. La gente del servicio ya me conocía y me dejaba en paz. Estaba arruinado y demasiado lúcido para evitar ignorar lo obvio. Al llegar a la planta trescientos dos recorrí las docenas de metros que separaban mi puerta del ascensor deseando no encontrarme con nadie en la puerta. No había nadie. Abrí la puerta, rezando por no encontrarme lo que cada mes, durante los últimos cuatro años de mi vida, me había encontrado. Allí estaba. El sobre negro. Esperándome como cada mes. Llegaba tarde al pago, era doce de julio. La carta solía llegar al principio de la segunda semana. Ni siquiera era puntual el muy hijo de puta. Abrí el sobre. Esta no la había visto, en ella se veía a la chica de frente y a mí, algo desdibujado, detrás. La nota escrita a mano, con una cantidad de dinero, una cuenta y la misma ironía de siempre: "Un poco joven, ¿no cree, señor de Santos?". Asqueado, estrujé la nota y la fotografía y las tiré al suelo. El apartamento estaba tal como lo había dejado. En la oscuridad, solo mi reflejo en el cristal del inmenso mirador del salón interrumpía la ilusión de estar flotando sobre la ciudad. Mis

pensamientos iban delante de mí en caída libre. Nunca se gana de verdad. Por mucho que lo parezca, por mucho que tú mismo te lo expliques todas las mañanas delante del espejo, la gente no sabe cuál es el amargo precio de la victoria. Triunfar no era más que otro paso en falso, un paso más al abismo. Ese abismo de la realidad inapelable, del que provienen todas las imágenes y los sonidos que componen nuestras pesadillas. Esos reflejos que a veces creemos ver en el espejo y que, cuando volvemos a mirar con atención, ya no están ahí. El triunfo era la metáfora definitiva de la nada, siempre habrá una meta nueva que alcanzar, hasta caer en el abismo definitivo. Me afeité buscando ese brillo oculto. El tipo que veía enfrente de mí sonreía irónico, como todas las mañanas cuando de forma insistente buscaba al desconocido dentro del espejo. Era día de pago: mis acreedores me habían dado apenas un día como fecha límite. Había agotado mis promesas y mis sonrisas. Ya solo me quedaban los huesos y la carne. Mi sangre no valía demasiado. Tenía que hacer frente a deudas inimaginables y lo único que podía ofrecerles era un compromiso de pago, un proyecto a cuenta, promesas con mi firma. Mi vida sería, durante unos años más, enteramente suya.

Una nueva sesión. Una chica nueva. Un proyecto nuevo. ¿Qué más podía pedir?

## ARIEL DE SANTOS

«Bien. Inspira profundo. Despacio, sin prisa. Escucha, recuerda, siente: Estás con él, sobre la cama, a su lado. Está dormido enfrente de ti. Nota la suavidad de tus sábanas bajo tus pies, bajo tus manos. Siente la brisa entrar por la ventana, su fragancia. Ponte cómoda, observa como duerme, plácido y feliz junto a ti. Respira despacio, evoca su olor sobre la almohada, el calor de su cuerpo junto al tuyo. Su respiración, el tacto de sus pies sobre los tuyos. Disfruta su sonrisa al despertarse y verse a tu lado. Inspira. Disfruta de ese recuerdo. Mantenlo en tu memoria, gózalo. Fíjalo, estíralo. Bien, bien, bien. Ahora abre los ojos despacio, muy despacio».

Las lágrimas bañaron lentamente los ojos de Andrea. Su rostro se iluminó y la magia comenzó. Después de tantos meses sin trabajar, aquello me trajo de vuelta. Transmitía una ternura húmeda. Podía llevarla a través de sus recuerdos y provocar sensaciones, sentimientos reales, en ella. No era bonita, pero su mirada transmitía vida, de una forma tan pura, que calaba hondo. Ese era mi oficio: capturar las emociones, modelarlas y transformarlas en un producto que otros pudieran vender. No eran las facciones de Andrea las que transportaba a los sueños vívidos de mis clientes, mi trabajo era adaptar su imagen y su voz, y transformarlas en la de los seres queridos —o las fantasías— de aquellos que me pagaban.

Durante muchos años el arte de la manipulación digital de la imagen se había perfeccionado tanto que era imposible discriminar la ficción de la realidad, pero los verdaderos sentimientos eran todavía difíciles de falsificar. En un mundo

donde todo se podía comprar y vender, las emociones y sentimientos puros eran de gran valor para aquellos que no podían tenerlos o querían más: el amor de una mujer, el abrazo de un ser querido o las conversaciones con un padre ya fallecido. Eran experiencias que se podían reconstruir con un conocimiento que era mitad arte y mitad ciencia: los sueños vívidos.

La sesión había terminado y le acerqué un pañuelo a Andrea. Temblaba de emociones contradictorias. Desearía profundizar más en esos sentimientos, el origen de aquel dolor, de aquel amor huérfano. Pero sabía que no debía hacerlo si quería poder mantener esa distancia necesaria para trabajar con ella. Tenía su imagen, podía moldearla a mi antojo, fácilmente podría emborracharme de sus abrazos y sus susurros. Pero no me interesaba Andrea, solo el origen de esos sentimientos.

—Estás muy callado —dijo Andrea, rompiendo el silencio.

Se secaba las lágrimas de forma mecánica, evitando estropear el maquillaje. No podía permitirse un maquillaje programable y usaba productos baratos que causarían espanto a cualquier modelo profesional.

—Ha estado muy bien —contesté con mi voz seca y amarga, la que usaba para evitar acercarme a la gente.

No quería hablar con ella. Estaba de vuelta de un período oscuro de mi vida y no podría soportar volver a ese juego. Sexo a cambio de éxito. Tan fácil, tan estéril. Estaba desanimado de tantas decepciones. Trataba a mis modelos como si fueran juguetes, precisamente para evitar recordar que eran seres humanos. A veces yo mismo me creía mis excusas, la mayoría de las veces me bastaba con culparme por ser tan duro conmigo mismo por no saber disfrutar lo que la vida me ofrecía.

Andrea salió del estudio en silencio, observándome con curiosidad, analizando por qué estaba tan taciturno, preguntándose, probablemente, si era por su culpa. Ella no

tenía forma de saber que estaba de regreso al mundo tras pasar por el purgatorio. Todavía estaba anestesiado por la vuelta a la realidad. No quería estropearlo. Nos despedimos formalmente hasta la siguiente sesión, sin más. Ni siquiera una mirada prolongada o una sonrisa nerviosa. Nada. Caminó hasta el ascensor y desapareció tras la puerta. Respiré aliviado.

Me quedé solo en mi *loft*. Desde la calle sería tan solo una diminuta luz encendida en lo alto de una de las torres más altas de aquella megalópolis en que se había transformado París en el siglo XXIII. No podía ver las estrellas, pero sí los cientos de kilómetros cuadrados que ocupaba la ciudad en todas direcciones. Clavada en ella, como una estaca divina, la gran torre MoHo, desde donde podía contemplar, como un semidiós, a casi cincuenta millones de almas bajo mis pies. Andrea se había ido y mi ansiedad había regresado. Conecté el holovid. Noticias. Era un adicto a las noticias. La guerra en el norte de África seguía igual. No era una guerra: era una frontera. ¿Cuándo había dejado de ser una guerra? Nadie, que yo conociera aquí, sabía cómo empezó o por qué empezó. No les importaba una mierda. Yo sabía bien por qué: ¿cómo podría olvidarlo? Pobres desgraciados sin nada que perder intentando entrar en el Valhalla. Eran los suburbios del sur de Europa: Marruecos, Túnez, Argelia, Libia. Daba igual, mismos uniformes, mismos propósitos: no dejar entrar a nadie en Europa. Gracias a eso podían vivir ellos, como perros guardianes, sirviendo al amo del norte. Los informativos seguían narrando el progreso de la barrera definitiva: un tercer muro de hormigón, de cincuenta metros de altura, que impediría las miles de muertes anuales por electrocución. Cambié de canal. Más muerte. Más ignorancia. Más noticias. Sabía que nunca cambiaría nada. Para cualquier territorio fuera de los cuatro grandes bloques económicos, el resto del mundo no existía. Fuera, en los destruidos países sin bandera, no había ninguna esperanza: sobrevivir a manos de señores de la guerra

o algo peor, metacorporaciones ávidas de materias primas, imponiendo su ley salvaje sin tener que responder ante nadie. Había gastado media vida para llegar hasta donde estaba, en una carrera frenética, vendiendo mi alma. Usé mi pod para hacer la transferencia anónima de ese mes. Había pagado, pero sabía que no podría hacer frente al próximo mes. Ni tampoco al alquiler. Miré mi reflejo en el cristal. Me veía atrapado en una torre que no podría pagar jamás, lleno de deudas y promesas en el aire, atrapado por mis propias fábulas, por mi ansia de estar en un lugar mejor. Pero, al menos, ahora, tenía *trank* de nuevo.

## ABRIENDO MERCADO

El destino había querido que volviera a coincidir con Richard Singleton en apenas un mes. Él también había querido volver a la normalidad y nada mejor que una fiesta para comenzar esa nueva etapa de su vida. Hacer amigos era una de sus aficiones y yo uno de sus tantísimos trofeos. Sus fiestas eran su forma de exhibir sus triunfos; era la cuarta vez que me invitaba a una de ellas, la excusa, la reforma que había hecho en su ático. Su casa —un palacio— era un edificio del siglo XVIII en pleno casco histórico de París. La torre Eiffel dominaba las vistas que podían admirarse desde su grandioso ático. Una réplica exacta de la que destruyeron, hace veinte años, los terroristas del EGIE. Siempre me pareció muy hermosa, no me cansaba nunca de contemplarla. Me impresionaba, no por su tamaño, sino por la historia que transpiraba de sus formas de otros tiempos, donde lo feo y lo hermoso estaban íntimamente mezclados.

En la cola de seguridad me tropecé con algunos conocidos. Eduard era un catalán adinerado, cliente mío, con el que había coincidido en varias fiestas y que, según había observado, tenía un gusto exquisito para el arte. Aunque pudiera parecer repulsivo como persona, me había demostrado, en múltiples ocasiones, que lo mejor era lo que no se veía de forma evidente. Era un gran conocedor de las tendencias y modas sobre sueños vívidos y me había puesto en contacto con varios productores y gente famosa, como el propio Singleton. Era fácil caer en el error y pensar que estabas hablando con una persona profundamente hedonista. Lo era,



pero también soñador y sabio a su manera. También sabía transformarse en alguien encantador y mantener una conversación brillante. Si hubiera tenido rostro de mujer hubiera sido mucho más fácil para mí seguirle la corriente, pero estaba muy alejado de mi concepto de una belleza femenina. Una mata de rizos morenos crecía despreocupadamente sobre su cabeza, ajenos a su edad, ya superior al medio siglo. Su nariz grande, y ligeramente regordeta, gobernaba su rostro marcado por arrugas profundas en la frente y formando un triángulo alrededor de la boca, parcialmente oculta tras una barba rala y cuidada. Sus ojos, tristes y grandes, estaban realzados por sus gruesas y angulosas cejas. No era un rostro vulgar, pero distaba de ser hermoso. Las veces que habíamos intercambiado unas pocas palabras intentaba adivinar qué sería lo auténtico de aquel personaje, si su tristeza lejana, enterrada bajo aquella mirada, o lo marginal de sus historias.

Aquellos pensamientos hicieron olvidarme de lo inmediato. Una luz parpadeante y un *bip* me trajeron de nuevo de vuelta. Tras pasar por el lector de retina, mi verdadera realidad irrumpió de golpe. El guardia me habló de forma brusca, en un inglés tosco:

—Lo siento, no puede pasar. Esta fiesta es para ciudadanos de la Unión. Este sector de la ciudad está restringida para usted. No me queda más remedio que llamar a la policía, por favor, no se mueva de donde está —dijo el guardia, tenso, con una voz demasiado potente.

La posición del codo derecho era pista suficiente para saber que llevaba algún tipo de arma encima de su pierna. Sin alterarme le repliqué en francés:

—Por favor, mire en la lista de invitados especiales. Debo estar ahí: Ariel de Santos. Tengo una invitación personal del señor Singleton —expliqué despacio y sonriendo.

Odiaba lo que iba a pasar después y más con Eduard a mi lado, que ya empezaba a cuchichear con los de al lado.

Sus ojos buscaron mi nombre en la lista, los segundos para él fueron más largos que para mí. Al final me encontró. El pobre tipo parpadeó un par de veces y asumió que un invitado podía ser extranjero, incluso de fuera de un bloque. Inconcebible para él, pero reaccionó disculpándose. Luego se olvidó de mí y pude pasar. Muchos de los invitados estuvieron pendientes de toda la escena, sorprendidos. Algunos conocidos, la mayoría desconocidos. Mujeres hermosas, hombres extraordinarios. Poder. Dinero. Si aquella confianza y liderazgo que respiraba se pudiera guardar en botes, sería un gran negocio: Olimpo, la fragancia del destino. Era un buen nombre. Sí, estaba entre dioses, titanes y hadas. También había algún ángel caído, como Eduard, que me señalaba sentado entre dos chicas jóvenes, no muy lejos de la entrada de seguridad, intrigado por mi situación. Los tres me esperaban sentados en un sofá, rodeados de velas, cojines y esculturas romanas, auténticas o copias. Mutiladas y hermosas. Brillaban bajo la luz de la Luna y las velas.

Las vistas eran excepcionales, la iluminación era tenue y surgía, del suelo, desde cientos de holovelas de colores cálidos. Pequeños farolillos colgados de tejadillos de mimbre y madera aportaban el resto de la luz. El cielo estaba despejado y cubierto de estrellas artificiales. Con la polución reinante era imposible ver el cielo de verdad. Aquella noche no faltaba nada. La luna llena, junto a la tenue iluminación de la fiesta, proyectaban un ambiente mágico. Era como estar en una hoguera de campamento en mitad de la nada. El agua caía en pequeñas cascadas invisibles y corría bajo el suelo, debajo de largas planchas de cristal que hacían las veces de tarima. La fresca humedad y el perfume vegetal del musgo flotaban en el ambiente. Resultaba fácil caer en el engaño. El lugar era amplio y estaba repleto de todo tipo de sillones, sofás, cojines, sillas y alfombras, de forma que cada hueco de aquel inmenso ático parecía un oasis, diferente al resto, protegido por traslúcidas

sedas y hojas de parra.

Eduard, impaciente, me preguntó con voz suave, en un francés refinado y sinuoso, sabiendo que le estaba prestando atención:

—¿Te vas a sentar con nosotros o esperas una invitación formal? —preguntó.

Sabía bien lo que quería: una oportunidad para empezar una conversación profesional, así que pensé en contar, de nuevo, aquella vieja historia. Me senté con ellos, al lado de una de sus chicas. Nos presentamos con tres besos. Su perfume no parecía barato. Se llamaba Chloe y me contemplaba tras unos grandes iris de color violeta. Tenía unos carnosos labios naranjas y una piel clara, casi blanca. Su pelo, de un rubio brillante, integraba un rostro infantil con el flequillo cayéndole de lado. Todavía una niña, una niña peligrosa con formas de mujer, dispuesta a abrir la tapa de la caja de Pandora. Me presentó a su amiga Sara. También rubia, más alta y mucho menos niña. Eduard se rodeaba siempre de mujeres hermosas y demasiado jóvenes. Chloe me observaba, esquivada, pero sin poder evitarlo, Sara con una sonrisa incipiente, sin rubor alguno. Suponía que a esas alturas Eduard ya les habría hablado de mí, así que me limité a sonreír.

—Hace una noche estupenda —comencé sin pensar—, me encanta París. Siempre me trae imágenes de otros tiempos, tiempos más románticos, ¿no os parece?

Ellas empezaron a hablar al unísono, interrumpiéndose, pero yo solo prestaba atención a Eduard. Observando su espera, agazapado, esperando a que el tema que esperaba se pusiera a tiro. Me gustaba su juego. Aprendía mucho de él, era un maestro tratando con la gente. Esperé y esperé, bailando con los temas de conversación, evitando a Sara y jugando con Chloe. Él disfrutaba analizándome y azuzó a sus chicas contra mí, presentándome como el más sensual diseñador de sueños vívidos de toda la EcoSur.

Chloe quería ser modelo. Sara ya lo era. Me intentó

impresionar con algunos nombres de directores de moda, revistas e incluso algunos directores de sueños vívidos. Conocía a algunos de ellos, no estaba mal. Sin embargo yo nunca hubiera aceptado trabajar con una chica así, era vulgar y evidente, las peores cualidades de una modelo.

—Bueno, yo estoy más cercano al mundo de la interpretación que al de la moda. Al fin y al cabo lo que mis clientes ven no es a la chica que grabo, sino a la que ellos quieren ver. Lo importante es la expresión, no se puede engañar al subconsciente.

—¿Cómo lo haces? —se interesó Chloe.

—Yo no hago nada, lo hacen todo mis modelos. Por eso es tan importante su trabajo, pero bueno, es mi punto de vista. Al fin y al cabo, cada profesional tiene su manera de hacer su trabajo —aclaré. Me aburría hablar de técnica.

—¡Qué modesto eres Ariel!, para mí eres un genio —aseguró Eduard, interviniendo por primera vez. Tenía una bonita voz profunda y aterciopelada de barítono. Era otro de sus encantos.

—Gracias Eduard. Sabes bien que no lo soy, pero gracias. Todavía me queda mucho por aprender. Nunca podré agradecerte suficiente que me abrieras la mente sobre los clásicos de la pintura del romanticismo. ¿Sabéis vosotras que Eduard es uno de los mayores coleccionistas de arte romántico de toda EcoSur? —dije, interrumpiendo el juego de Eduard y provocando que ellas volvieran a prestarle atención. Fue efímero.

—¿Con quién trabajas ahora? —preguntó Eduard con una profundidad casi sombría.

Por alguna razón me incomodó y él lo notó, impasible, bebiendo de su vaso de *whisky*.

—Una desconocida, como casi siempre. No la conoces. Es una francesa, menudita y simpática que conocí en un *casting*.

—Esos *castings* secretos tuyos —lanzó. No piqué—. Pronto la conoceremos, espero —aventuró.

—Sí. Tiene madera. Cuando comienza una escena, la consume. Me recuerda un poco a Vicky cuando empezó, ¿recuerdas su mirada? —pregunté.

Vicky fue su amante después de trabajar para mí como modelo. Gracias a ella nos conocimos, pero no acabaron bien, ella aireó situaciones personales, demasiado personales. Imagino que eso era lo que nos unía a ambos, los secretos. Me hizo recordar el motivo del juego: mi numerito de inmigrante ilegal en la puerta de acceso.

—Supuse que conocías mi pasado, que Vicky te lo habría contado..., ya sabes, mi extraño acento y mi encantadora sonrisa —le dije, forzando mi acento norteafricano, exagerándolo. Aproveché para dejarles en suspenso mientras pedía a un camarero una copa de algo fuerte.

—¡Ah! —se hizo el sorprendido— sabía que no eras francés, pero la verdad, nunca pensé que no fueras europeo, después de todo, lo que haces implica una educación, una visión, un... —reí con ganas. Mi biografía era pública y estaba seguro que Eduard la conocía, al fin y al cabo nunca me había escondido, solo cambiado de nombre por uno más artístico.

—Abu Muhammad Alí ibn Ahmad, es quién debería recibir los premios. No yo, él fue quien educó mis sentidos —aclaré.

Alcé la copa y brindé en árabe. Logré sorprender a las chicas con aquello. Hablar en árabe, allí, tan cerca de la torre Eiffel, era casi una provocación. Su expresión hubiera merecido una fotografía de haber tenido una cámara a mano, un antiguo retrato en blanco y negro. Sí. Qué lástima. África, me supo amarga esa palabra bajando por mi garganta. Amarga y ácida, como el vodka con naranja.

—Curioso. Siempre pensé que la vida de nómada fomentaba el mercantilismo, no el gusto por la belleza —respondió con aire cínico.

—La belleza nos rodea. Cuando hay que buscarla es más fácil que cuando te estorba, adquieres otros hábitos, imagino

—evité mirarlas, no quería que lo interpretaran como un insulto, aunque era tarde.

—Nos estamos poniendo demasiado profundos. No quiero que esto parezca un diálogo de pedantes. Al fin y al cabo, estamos rodeados de belleza, ¿por qué hablar de ella?, disfrutémosla —sonrió y miró a sus amigas. Asentí y sonreí a la más joven de las dos, que había quedado absorta por nuestra conversación.

—Me gusta el violeta de tus ojos —dije sin esfuerzo.

—Gracias —respondió ruborizándose.

Esta vez mi sonrisa fue auténtica. Qué maravilla. Intuía lo que buscaba Eduard en aquella chica. Miré a la otra, ella también disfrutaba de aquel momento de azoramiento de la jovencísima Chloe. Era como un perro de presa. Quizás Eduard solo buscaba mirar, quizás...

—¡Ariel! —escuché de pronto a mi lado. Aquel rostro me parecía vagamente familiar, pero aquellas piernas, aquellas manos y la forma de las uñas eran inconfundibles. Localicé el pequeño tatuaje en su tobillo derecho.

—¿Lucy? —pregunté algo perdido. Ante mí se alzaba una diosa nórdica, muy diferente de la Lucy que había conocido hace apenas año y medio. Su rostro era casi irreconocible, lo mismo que parte de su cuerpo— estás guapísima —afirmé, sin esfuerzo. Luego me dirigí a Eduard y sus chicas— Lucy fue una de mis primeras modelos. La recordaréis por aquella campaña que hice para las vacaciones en la costa de Algarve. Ella era la hija...

—¡Oh!, sí. Lo recuerdo, vaya que si lo recuerdo, excepcional —interrumpió Eduard con una franca sonrisa.

—Él es François, mi prometido. Ariel, y...

—Eduard Lechamps, encantado, se levantó y le dio tres besos.

Fue el comienzo de una agradable e insípida velada entre incómodos desconocidos. Lucy era igual de vacía y superficial

que antes. Una vez hube aclimatado mis sentidos a aquella exuberancia de carne, recordé por qué había evitado acostarme con ella. No me guardaba rencor, gracias a aquella furia, a aquella incomprensión y turbación sexual había podido grabar a la hija perfecta, que transpiraba deseos erróneos en cada ángulo secundario, en cada mirada velada. Por supuesto solo lo podían apreciar hombres mayores, con hijos. Si hubiera sido la amante, la cuñada, no habría sido lo mismo.

La conversación degeneró, sin que yo lo pudiera evitar, hacia mi propio trabajo: Los sueños vívidos eran un arte para Eduard y un negocio para casi todos. Habían reemplazado a la fotografía y al cine. Habían acabado con el teatro y con la publicidad, ahora todo era una mezcla onírica entre lo que veías y lo que deseabas ver, entre lo que percibías y lo que soñabas, fueras consciente o no. Había varios grados, niveles, técnicas y estilos y estaba extendido por todas partes. Ya nadie se acordaba de cuando las historias se contaban con rostros ajenos. Las películas holovid eran para las masas, pero todo aquel que podía costeárselo disponía de algún tipo de implante neuro. Incluso aquellas dos jovencitas tendrían uno, sin duda, bien clavado en su cerebro. Para la gente joven sin experiencias, los rostros y los cuerpos de los actores eran la mayor parte de su realidad; para los mayores, los recuerdos sustituían gran parte de las facciones de los actores, al final se creaban personajes que poseían lo mejor que uno guardaba en sus recuerdos y lo mejor de las personas de carne y hueso. Ver una película anterior a los sueños vívidos era como ver pornografía. Tosco, artificial y lejano. Yo guardaba algunas películas por curiosidad, eran extrañas e inconexas, pero a veces ofrecían escenas nuevas y creaban un mundo desconocido al que era imposible llegar a través de los sueños vívidos. Limitadas, pero geniales, a veces más creativas que lo que hacíamos ahora, que solo satisfacían nuestros recuerdos y nos transformaba en seres limitados, gozando siempre lo mismo.

Hablé demasiado, animado quizás por Eduard o por la

curiosidad que sentía por Chloe.

—La gente no se cansa de repetir una y otra vez las mismas sensaciones gastadas. Me sigue sorprendiendo.

—Eres un maldito perfeccionista, te lo he dicho muchas veces —replicó Eduard.

—Eso no quita que sea cierto lo que digo. Algún día los sueños vívidos dejarán de estar de moda y me tendré que dedicar a otra actividad.

—Muy desencaminado no andas —dijo Eduard, jugando con el silencio. Le miramos y lo mantuvo durante unos segundos—. Neurorréplicas. Eso es el futuro —añadió con satisfacción en su rostro.

—¿Neurorréplicas? —pregunté lleno de sorpresa.

No había oído hablar de ello. Ni nadie a mi alrededor, excepto Eduard.

—Imagina que pudieras grabar una escena desde el punto de vista del que la vive. Como si pudieras meterte en su cabeza y sentir todo lo que siente: lo que ve, lo que oye, lo que bebe, lo que toca, lo que huele. Incluso su dolor o su placer, más allá de la sensación física, acariciando la sinestesia.

—Imposible, no se puede grabar eso digitalmente. Está a años luz de lo que hay hoy en día —replicó el amigo de Lucy.

Recordaba que había dicho que trabajaba en algo relacionado con la industria aeroespacial. Yo asentí, pero sabía que Eduard, más que nadie, era incapaz de tirarse un farol sobre algo si no lo había probado ya. Adoraba ser el tipo que destripaba el futuro a sus atónitos espectadores.

—¿Cómo es? —pregunté directamente, sin segundas intenciones, aceptando mi ignorancia e interesado en todo lo que dijera.

—Imagina mirarte a un espejo, ver un rostro extraño, sentir un cuerpo ajeno con tus propias manos. La sensación es diferente de lo que esperas, porque no son tus manos y sin embargo sientes, oyes. Notas como tu nuez es más pequeña y ligera, el olor de tu cuerpo diferente, eres la mujer reflejada en



el espejo, totalmente desconocida. Te tocas sobre la ropa. Acaricias tu piel y sientes, pero piensas con tu mente. Respecto a los sentidos y las sensaciones eres esa otra persona, pero en tu cabeza sigues siendo tú. ¡Oh, es algo increíble! —hizo una pausa para mirar a sus espectadores, agitados por el breve relato—. Tiene sus limitaciones, está grabado en una sucesión, como los sueños vívidos. No puedes cambiar lo que hace el sujeto de la experiencia, pero a cambio tienes sensaciones nuevas, genuinas, no grabadas y luego mezcladas con las propias. Como el orgasmo de una mujer... —sonrió con los ojos, disfrutando aquel momento, saboreándolo—. Bueno, todo esto es un poco experimental todavía, puede que aún algo inestable. Yo creo que hay más ciencia que arte en algo así —calló de pronto, al observar la reacción a sus palabras de la pareja de Lucy.

El silencio enfrió la atmósfera que antes había sido vibrante y llena de matices bajo aquellas luces tenues. El silencio se rompió con la presencia de nuestro anfitrión que vino a saludarnos y a preguntar cómo estaba todo. Lucy y su pareja se levantaron para saludarlo, lo mismo que las dos jóvenes que deseaban conocer al famoso playboy. Yo mismo tuve que levantarme para saludarle y darle las gracias por la invitación, transformándome en el chico moreno y simpático, lleno de talento, que tanto le debía. Así era, siempre le debía tanto a todo el mundo que, desde hace años, me había acostumbrado a mi papel. Tras un breve encuentro volví a la mesa donde Eduard estaba esperándome; ambos sabíamos que habíamos dejado algo a medias. Algo que Eduard llevaba esperando toda la noche.

—No, en serio, ¿cómo es? —pregunté impaciente.

—Peligroso, terrorífico. Pierdes el sentido de quién eres. Nunca será para todo el mundo, la mayoría de la gente disfruta con emociones descafeinadas, sin atreverse a ir más allá. Por eso creo que es un negocio. O lo será, si se hace bien.

—¿A qué te refieres?

—Solo he probado dos secuencias. Las dos terribles. Muy mal hechas, violencia, sexo duro, pero suficientes para entender el potencial.

—Suena bien. Conozco a más de uno que lo probaría costara lo que costara. ¿Qué equipo hace falta para grabar algo así? ¿Y para leerlo?

—Nada extraordinario, es más barato de lo que imaginas. Sin embargo, hay otros problemas derivados de la tecnología —dijo de forma seca, bajando el tono de la última frase.

—¿Qué tipo de problemas? —tenía claro ya por este punto que estaba a punto de hacerme una propuesta, y no me disgustaba.

—Cuanto más intenso es el resultado final, más peligroso es para el sujeto "original". Algunas personas han muerto al grabarlo.

—Ya. Supongo que por eso es todavía ilegal.

—Bueno, por lo visto la tecnología comenzó con las *snuff movies*... —me miró inquieto— ya sabes...

—Ffff —resoplé. Me imaginé el tipo de personas que pagarían por algo así. Personas con mucho dinero, por eso veía tanto negocio Eduard.

—Pero no hay por qué llegar a esos extremos, quiero decir. ¿La persona que graba esa experiencia... sufre? —sondeé.

—No, en absoluto. Solo un pinchazo y un leve malestar después, por lo general. Lo que se hace es inyectar una solución que captura todos los niveles electroquímicos del sujeto, así como un pequeño implante temporal que almacena todas las ondas cerebrales y transmite la información a un ordenador. —Eduard me iba diciendo todo esto de carrerilla, repitiendo la información que él había leído o le habían contado. Sabía que Eduard sabía menos de tecnología que el chico jovencito que nos sonreía juguetón en la mesa de al lado. Eduard siguió con la tecnocháchara— ... información, luego se procesa y se realiza el proceso inverso, para el que hace falta un implante neuro completo que hace que tu propio cerebro

genere los niveles adecuados de hormonas y otras sustancias, mientras "revives" la experiencia con tu propia mente. Es mucho más complejo que todo eso, pero la base de la tecnología por lo visto lleva años desarrollada y en uso en el mundo militar.

En mis años en el ejército nunca había oído nada así, pero claro, yo solo había sido un pobre desgraciado. Nada que ver con equipos alfa, ni inteligencia militar, que es de donde, seguro, provenía todo aquello. En cierto modo era mi sueño, poder mostrar el mundo como yo lo veía, pero por otro lado, dudaba que nadie quisiera pagar por ver aquello, por muy hermoso que pudiera parecer. Por la experiencia de mi propio trabajo, sabía el tipo de uso principal que podía tener aquello, recreativo, en el peor sentido de la palabra: sexo, adrenalina y violencia en su mayor parte.

—Un negocio un poco sucio, o eso parece —dije arrugando la nariz en un gesto de desaprobación total.

—Todo lo que hay es pura mierda. Si alguien hiciera algo con gusto, con talento... sería un bombazo. Muchísimo dinero. ¿No quieres probar? —tanteó clavando su mirada en mí. Había estado toda la noche esperando a hacerme esa pregunta. Tonto de mí.

—Me tientas. ¿Qué has pensado? —yo mismo estaba excitado con la idea. Quien no lo estaría al tener la oportunidad de hacer historia y, de paso, ganar dinero.

—Una serie de historias, todas protagonizadas por la misma chica, para que el cliente pueda comprarlo por capítulos y elegir el tipo de experiencia. Salteamos con algo picante, pero nada rebuscado ni extremo, muy *mainstream*. Por supuesto con una ambientación cuidada y buenos actores.

—¿Tienes ya una historia? —pregunté cada vez más intrigado.

—Sí. Tengo ya casi todo atado, solo me hace falta un director de fotografía. Es gracioso, ese término ha estado en desuso en los últimos treinta años. Ahora es importante el

detalle, por que volveremos a presenciar con ojos de otro, no imaginar con nuestra mente ni modificarlo todo por ordenador. El glorioso retorno del cine. Súbete al carro y no te arrepentirás —dijo entusiasmado. Tuve que morderme la lengua para no preguntar por dinero. Sabía que si lo hacía estaba perdido. Respiré un par de veces y evité mirarle demasiado a los ojos.

—Mándame el guion y te daré una respuesta. Lo prometo —zanjé.

—Lo tendrás —sonrió sabiendo que ya había ganado. Me estrechó la mano, de forma firme y segura, y desapareció entre las luces tenues de la fiesta. Yo me encontré solo y pensativo. Aunque duró poco, ya que una de sus chicas, Sara, volvió hacia mí. «¿Sabría ella algo de aquel proyecto?», pensé. Había decidido que no me gustaba, si ella era parte del *casting*, tendríamos problemas. Quizás lo sabía, pero en ningún momento salió el tema. Flirteamos juntos un rato, hasta que tuvo claro que no era lo que estaba buscando y se fue tal como vino.

Aproveché la fiesta para hacer mi trabajo: hablar con otros productores, cerrar tratos y reengancharme a la dinámica laboral. Conseguí algunos adelantos y nuevos compromisos. Haber compartido sábanas con Singleton abría muchas puertas. Sin embargo, no pude sacar de mi cabeza la propuesta de Eduard, ¿cómo vería otra persona mi mundo? Aquello era mucho más importante que sentir el cuerpo de otra persona, la capacidad de ver el mundo desde los ojos de otro era una absoluta revolución. ¿Se filtrarían los pensamientos en aquella copia?, ¿se podría compartir una visión profunda del mundo a través de aquel ingenio? Las posibilidades eran asombrosas. Aunque el primer paso fuera hacer algo primitivo y comercial, sería interesante ver las posibilidades futuras. Todo un reto más allá de fabricar mentiras con el mismo refrito de sentimientos una y otra vez.

## CARLOS VEGA

Conocí a Carlos en mi club de natación. Carlos era un chico alto y delgado de pelo negro ondulado y largo hasta los hombros, barba cerrada y apariencia algo desgarbada. Escondía un rostro tierno, aunque algo soso. A veces me parecía que tenía una cierta similitud con un perro juguetón. Imagino que, de no ser por la espontánea conversación que inicié con él esperando mi turno en una calle, dentro de la piscina, nunca le habría conocido. Además del agua nos unían otras aficiones, aunque tardé un tiempo en encontrarlas. Conocer a alguien normal fue lo primero que me atrajo de él. En mi mundo profesional, y personal, lo que menos abundan son las personas sencillas y con problemas ordinarios. Carlos era el perfecto ejemplo de lo cotidiano en aquel mundo atestado de problemas superficiales. Trabajaba como ingeniero de software en una gran empresa, una de las realmente grandes: MohoCorp. Se lamentaba sin parar de su trabajo y de su vida en general, como la gran mayoría de la gente que podía preocuparse de esas minucias. En cualquier caso, y pese a todo, era un buen chaval. Apenas le sacaba diez años, pero se comportaba como un chico, más que como un hombre joven. Nunca había salido de la gran urbe y su máxima preocupación, por mucho que él dijera lo contrario, era siempre el trabajo. Vivía en la planta cuarenta y nueve de mi edificio, propiedad de la misma metacorporación para la que trabajaba. El mismo sitio donde comía, donde compraba la ropa y también donde se divertía por las noches. Me fascinaba escuchar sus penas, sus quejas sobre el sistema y sus profundas discusiones filosóficas

sobre la ética del mundo. Él, desde luego, ni se imaginaba de dónde provenía yo. Imagino que pensaría que mi familia tendría sus orígenes en algún lugar exótico y que mis problemas eran similares a los suyos. En cualquier caso, él no era bueno escuchando y a mí no me gustaba hablar demasiado sobre mi vida. Ambos salíamos ganando.

—Es frustrante. No existo para ella —se quejaba Carlos.

—Hay más mujeres —contesté seco.

No quería ser hiriente, pero me cansaba que se empeñara en fijarse en mujeres que lo único que buscaban era un tipo con buena posición y que fuera divertido. Carlos era divertido, sagaz y muy inteligente. Aprendía rápido y tenía una curiosidad insaciable, pero no era el tipo de persona que buscaban esas mujeres. Tampoco llegaría nunca al nivel de vida que esa clase de mujeres necesitaba.

—Para ti es fácil decirlo. Trabajas con ellas, te miran, te escuchan. Yo no salgo del edificio. Trescientas plantas, doscientas mil personas y no encuentro tiempo ni espacio para ello. Mi apartamento es de apenas veinte metros cuadrados y no tengo dinero para pisar un parque, ni un ático al que asomarme al cielo, ¿sabes lo que es eso? Y yo tengo suerte, he pasado media vida estudiando, mis padres se sacrificaron para que tuviera un futuro. Tengo un buen trabajo, gano mucho dinero. Pero aquí no basta. Cada vez que vengo a nadar es una aventura exótica para mí. Hace dos años que no piso el nivel cero, ¿lo sabías?

—¡Wow! —se me escapó.

Sabía que Carlos, como mucha gente, malgastaba su vida en alguna psicóloga muy atractiva que le sorbía el coco como si fuera un refresco, pero nunca pensé que fuera un mugrofóbico.

—Lo siento. Lo que tú haces, a mí, me parece tan difícil como a ti lo que yo hago, de verdad. Seguramente tú no encuentras dificultad en hacer tu trabajo, pero me explotaría la cabeza si yo lo intentara —le dije. Eso le tranquilizó un poco

—. ¿Siempre has vivido en el edificio? —pregunté, intentando cambiar de tema.

—No, mis padres vivían en Lausanne, pero yo vine aquí porque Moho ofrecía el mejor trabajo para mi especialidad. No debería quejarme, puedo permitirme ir a nadar, tengo tiempo libre. Podría comprar compañía, pero me resisto a ello. Parecerá estúpido, pero prefiero pagar a una mujer para poder hablar con ella.

—No es estúpido —contesté sin estar del todo seguro de cual de mis posibles respuestas podrían ser aceptables para él. No añadí nada. Él continuó hablando de sus problemas, como música de fondo.

Cuando le conocí, tardé un tiempo en confiarle a qué me dedicaba, sabía que daría pie a todo tipo de preguntas, algunas estúpidas y algunas muy lícitas, la mía era una ocupación muy llamativa. Casi única, en aquel ambiente, rodeado de médicos, ingenieros, abogados y todo tipo de profesionales de alta especialización y sueldos estratosféricos, que habían tenido una educación cara y cuyas familias estaban atiborradas de dinero en su mayoría. Todos acostumbrados a no pisar nunca el nivel cero, alejados de la realidad, de la miseria absoluta e ignorantes de todo aquello que era ajeno a sus vidas. Aunque hubiera querido, no hubiera podido contarle ni una ínfima parte de mi vida anterior a Carlos, porque con total seguridad habría resentido nuestra confianza mutua y yo valoraba mucho su amistad. Era un tipo sincero, valiente, confuso e inquieto, aunque atrapado en su propia vida. En eso último, éramos iguales. Solo en eso. Siempre hablaba de mujeres y nunca de trabajo. Esa era una de sus mejores virtudes. Quizás pensaba que no entendería nada de lo que hacía en Moho. Aunque no me lo había confesado intuía que su juventud, marcada por las exigencias de sus padres y de la sociedad elitista a la que pertenecía, le había forzado a centrarse en los estudios, en superar metas intelectuales agotadoras. Su carácter idealista y

su timidez probablemente habían hecho el resto. No le había visto con ninguna mujer las pocas veces que había salido de fiesta con él y percibía que tenía serias dificultades para relacionarse con gente fuera de su círculo que, por otro lado, era exiguo y homogéneo, compuesto de compañeros de trabajo masculinos únicamente. Organicé un par de citas a ciegas con conocidas, buenas chicas, que salieron huyendo al rato. No eran las chicas apropiadas, no si venían de mi mundo. Él necesitaba un tipo de chica que yo no conocía y que, probablemente, no existía en aquella torre de cristal, llena de gente capaz de cortarle en pedazos si fuera necesario. En el exterior, fuera del edificio, en el piso cero, como decían en Francia, podría haber encontrado gente más normal: mugrosos, personas humildes, sin una ambición tan tóxica. Había casi cincuenta millones de personas en París, pero las torres, como la nuestra, nos aislaban de la población local. Casi todos los que habitábamos en las torres éramos de otras ciudades, de otros países y algunos, muy pocos, incluso ciudadanos de fuera de la Unión. La mayoría de los que vivían en torres tenían el mismo síndrome de Carlos, había oído el nombre varias veces pero siempre se me olvidaba: mugrofobia. Pánico a la vida local, al desorden, al caos y a la mediocridad gris del ciudadano pobre, a su falta de ambición, a su laxitud y su fealdad. No había nadie feo en las torres, todos siempre elegantes, delgados, atléticos, sin ninguna tara. Carlos incluido. Si bajara apenas un kilómetro, de su apartamento al suelo, y viniera conmigo a alguno de los locales donde encontraba a mis modelos, se lo rifarían. Pero no me atrevía ni a plantárselo, probablemente pensaría que lo secuestrarían para vender sus órganos. Razón quizás no le faltaba, pero lo real era siempre más peligroso que la simulación de sociedad donde vivía. Al menos, abajo, rodeado de pobres que pululaban alrededor de los vehículos blindados de los afortunados habitantes de las torres, uno sentía humanidad.

Observando los rostros perfectos, pero inertes e



inexpresivos, de los seres de dentro de los vehículos, me preguntaba cómo se justificarían a sí mismos para negar la pobreza que les rodeaba. ¿Qué les impedía atropellar a aquellos pobres desgraciados que les hacían llegar tarde, con sus súplicas limosneras, a sus importantes reuniones de negocios?

Aborrecía a esos tipos, que eran mis clientes. Aborrecía esa superioridad moral, producto de su éxito profesional. Yo podía parecer uno de ellos, pero no lo era. Ese era uno de mis secretos. Los perfectos habitantes de las torres pagaban sumas desorbitadas por lo auténtico. Lo auténtico era sucio, maloliente y peligroso, mi trabajo era buscarlo para ellos, grabarlo y empaquetarlo en un formato que ellos pudieran consumir. La mayoría de mis modelos habían salido de la mugre, del piso cero. Y tanto a ellas como a mí, les convenía guardar el secreto. Porque ellas y yo sabíamos que la magia funciona, hasta que se conoce el truco. Sin embargo, Carlos, seguía y seguía hablando sobre mujeres, como si supiese lo que buscaba en una mujer. Justo lo que prefería evitar para no pensar en mis propios problemas.

—Cambiando de tema —dije, interrumpiendo su amargo discurso sobre cómo le ignoraban las mujeres interesantes— quería preguntarte algo: he oído por ahí que hay una especie de mejora de la tecnología de los sueños vívidos, algo relacionado con copias químicas del cerebro o no sé qué exactamente, ¿tú has oído algo?

Carlos era un maldito genio con los ordenadores o eso me parecía a mí. Todo lo que no sabía sobre personas, lo sabía sobre tecnología.

—¿Las neurorrélicas? —preguntó, confirmando el nombre.

—Ni idea. Solo he oído vaguedades, pero es bastante increíble, no sé si creérmelo.

—No es nuevo, por lo menos lleva un par de años dando vueltas, aunque yo no lo he probado. Lo que he oído da un poco de miedo, la verdad. El otro día escuché una

conversación sobre esto a un grupo de gente en Brin.

Aquel era uno de tantos mundos virtuales donde la gente jugaba, interactuaba y vivía enganchada a una realidad alternativa. Había cientos diferentes, Carlos estaba muy metido en eso.

—¿Con Andelain?

Sabía que le gustaría hablar de aquella chica, que era lo más parecido a una pareja que tenía Carlos. La conoció en el Jardín de Brin y, aunque llevaban muchos meses hablándose, todavía no se conocían en persona, solo a través de sus avatares. Tenía gracia el tema, yo harto de estudiar el exterior de las mujeres y él enamorado de alguien sin conocer siquiera su cáscara. Sin embargo creía conocerla en base al análisis de su comportamiento, de las pocas pistas de información que daba. Según él, era la mujer perfecta.

—No, con otro grupo. Había un tipo que lo había probado, dijo literalmente que era lo más real que había probado en su vida. Y este tío tiene hasta un neuro de sueños. Nos contó que son sensaciones reales "copiadas" electro químicamente a una droga sintética de un solo uso, combinada con una simulación neural paravirtual. Había sentido el momento del parto de una mujer, inyectándose eso directamente en su neuroimplante. Había probado holos snuff para realidad virtual, que hacían sentir algo parecido, pero aquello era real. El tipo que se lo vendió dijo que era auténtico, que había una huella bioquímica única en cada neuro réplica que vendía. Podías comprar incluso lo que se sentía al morir.

Alcé las cejas en silencio, imaginando el resto de posibilidades.

»Sí, eso pensé yo. Muy fuerte. Existe y está ahí fuera, pero necesitas tener neuroimplante para poder usarlo. ¿Tú tienes uno, verdad?

—Sí, bueno, no estaba pensando en mí, sino en ampliar el negocio y meterme en algo nuevo.

—Que yo sepa no se vende de forma legal. Por algo será.

—Bueno. Igual me gustaría hablar con tu amigo, en vuestro jardín particular.

—Tú verás, pero si quieres hablar con él tendrás que entrar en Brin.

—Hace mucho que no me meto en una de esas redes —suspiré— ¿cómo va ahora? —mentira, nunca había entrado en ninguna, me parecía lo mismo que el juego o las putas: fácil de acostumbrarse y difícil de salir de ese hábito.

—Si quieres te ayudo a hacer una cuenta.

Carlos llevaba meses intentando reclutarme para compartir su mundo con él.

—Vale. ¿Vamos ahora? —pregunté.

—Genial.

Pagamos nuestras bebidas y salimos para mi apartamento. Solo había ciento trece pisos entre medias.